



Deber de memoria

LOS sesenta años del final de la guerra española se cumplen este primero de abril. Han pasado tantas cosas y ha cambiado tanto España en estos sesenta años que para la mayoría de los ciudadanos la guerra de España (1936-1939) ha entrado en el mismo archivo de la memoria que las guerras carlistas o la pérdida de las colonias. Tal vez debiéramos callarnos. La cultura de las conmemoraciones y los aniversarios oculta tantas veces los asuntos reales que nos queda siempre la duda de si no sería mejor no contribuir a este permanente destejer la historia. Sin embargo, la guerra nos sigue recordando algunas cuestiones centrales para nuestra construcción como sociedad madura. Éste es el porqué de nuestro recuerdo.

Durante cuarenta años, los vencedores de la guerra y sus hijos mantuvieron una visión unilateral del hecho mayor de la España del siglo XX. Los vencidos cultivaban una memoria dolorida, trasteada en la nostalgia o reprimida en la voz baja. Los veinte años siguientes cambiaron las tornas. Poco a poco fue apareciendo esta memoria nostálgica o silenciada, pero mucho nos tememos que fuese, otra vez, suplantada por otra visión interesada e igualmente injusta. Ahora los vencedores de la guerra

quedaron poco a poco arrinconados en el silencio y la sociedad quiso zanjar demasiado pronto sus cuentas con la historia.

*En Europa la Segunda Guerra Mundial, la Shoah, las persecuciones ideológico-políticas de nazis y comunistas estalinistas, la represión en Francia posterior a la guerra han provocado un intenso debate en la mayoría de los países de nuestro entorno. Los europeos han hecho las cuentas también con el «**pasado de una ilusión**», la sociedad sin clases, una utopía que movilizó a media humanidad casi hasta el final de siglo. El auge de los partidos políticos de extrema derecha, con su coloración fascista y nazista, a veces antisemita, mantiene viva esa conciencia y esa memoria. ¿En qué medida hubo consenso popular para apoyar a los regímenes dictatoriales italiano, alemán y otros? Esta cuestión han debido plantearse muchas veces los historiadores, los politólogos, los medios de comunicación y la opinión pública.*

ESPAÑA, como Europa, tiene un deber de memoria que ejercitar, una memoria que ya no pase por la división entre izquierda y derecha, catolicismo y anticlericalismo, centralismo y nacionalismos. La normalización española nos debería llevar a que hoy fuese posible plantear estas mismas cuestiones entre nosotros. Un debate sigue pendiente: ¿hubo consenso en torno a la dictadura franquista?, ¿por qué duró tanto?

Una visión acrítica nos dirá que fue la fuerza del dictador y del bloque hegemónico en el poder. Pero esta respuesta no ahuyenta la pregunta acerca de la actuación débil y descoordinada de las fuerzas de la oposición, la derrota intelectual de los partidos obreros, la lentitud en movilizar a las masas en la lucha por la democracia.

La memoria debe reconocer el papel de pionero de

reconciliación que desempeñó el Partido Comunista a partir de 1959. Existe también deber de memoria específico para la Iglesia católica y para los cristianos, una Iglesia que, con avances y retrocesos, pasó de la beligerancia a la reconciliación. Hace pocas semanas un Congreso celebrado en Sevilla ha puesto de relieve el papel que los cristianos tuvieron en esa lucha por la democracia desde 1939 y, particularmente, desde mediados de los años cincuenta. Desde entonces el compromiso cristiano por la democracia fue creciendo y se extendió socialmente, sobre todo a partir del Concilio. Pero no sólo los cristianos organizados ni los comunistas. Hay que recuperar el papel desempeñado incluso por algunos sectores relevantes de Falange (el grupo de «Escorial» y su posteridad) y otros grupos que incidieron en la evolución de las mentalidades de los españoles. El transcurso acabado de los cuarenta años —tiempo de penitencia y silencio— y el de los siguientes veinte —tiempo de reconciliación y olvido— nos dejan en una excelente situación para ejercitar el descargo de conciencia. La recuperación crítica de la memoria evitaría uno de nuestros males endémicos: esos islotes de memoria que pueden «aparecer» en superficie en cualquier momento. Cuando la historia avanza es necesario no dejar minas si no queremos que después vayan explotando retardadamente con efectos nefastos sobre nuestra convivencia. Ejemplos de este riesgo los tenemos recientes: la campaña electoral de 1996 y la utilización «partidista» de algunos homenajes.

MUCHOS españoles hicieron la guerra pero no querían una paz del silencio sino que con «la gracia de la reconciliación más completa (y), superado por fuego el verdadero amor cristiano y fraterno todo espíritu de odio, de venganza y de discordia» todos los españoles se consagrasen «con un solo corazón y una

*sola alma, a la magna labor de la reconstrucción espiritual y material de España». Quien así escribía era el cardenal Vidal y Barraquer, muerto en el exilio en 1943. Fue el general Franco y su régimen católico quien impidió el regreso del cardenal catalán. También entonces, el arzobispo de Toledo escribía sobre las «Lecciones de la guerra y los deberes de la paz». La guerra había terminado, pero la reconciliación tardó mucho en llegar. Esto hizo que cuando, en 1971, la Asamblea Conjunta de la Iglesia española quisiese aprobar una resolución en que se pedía perdón por no haber sabido ser siempre ministros de la reconciliación, ésta fuese una de las pocas resoluciones no aprobadas y, sin embargo, una de las más famosas. La reciente invitación del Papa a pedir perdón por los pecados históricos de la Iglesia ha encontrado pequeño eco en la jerarquía española. Es cierto que los obispos catalanes en su documento de 1981 (sobre las raíces cristianas en Cataluña) y la propia Conferencia Episcopal en 1986 (con el documento **Constructores de la paz**) reflexionaron sobre este hecho. La caída del comunismo ha trazado un nuevo contexto. La preparación inmediata del jubileo invita a una consideración más amplia y profunda. Junto con las beatificaciones de «mártires» de la guerra, debería ser posible discutir sobre el papel ejercido por la Iglesia durante el conflicto y en la inmediata posguerra. De lo contrario no es imposible que retorne el viejo cliché de una persecución religiosa que divide los ánimos. De hecho sigue siendo difícil hablar con normalidad de estos temas en España, hecho que delata un cierto estado de malestar. También aquí nos encontramos ante una tarea pendiente. De hecho la guerra, años más tarde, fue también perdida por quienes sólo la habían hecho para ganar la paz y se encontraron con la victoria y la tragedia de un pueblo enmudecido y partido.*

Al acabar la guerra de España, la memoria quedó cautiva del silencio o de la palabra impuesta y desarmada, incapacitada para poder ser un instrumento de construcción del futuro. Durante muchos años, en lugar de ejercitar una memoria, hemos huido hacia adelante. La moda de la conmemoración recurrente y el pertinaz recurso a ciertos mitos intocables nos han alejado de la verdadera obligación de conocer y saber. ¿No da, acaso, que pensar el hecho de que muchos jóvenes directores de cine, por no decir casi todos, se estrenen con una película sobre la guerra civil o la posguerra? Las generaciones futuras tienen derecho a saber qué significó el final de la guerra y cuáles fueron las bases culturales y espirituales sobre las que se desarrolló la España de los siguientes cuarenta años. Este período explica muchas claves de la posterior transición a la democracia y de nuestra situación actual.

NO queremos terminar sin hacer mención de otra cicatriz: el **exilio** exterior que la guerra impuso o el interior que la guerra supuso. La ausencia de miles de españoles que hubieron de huir y la ausencia de la vida pública de otros muchos miles que optaron por el exilio interior. Si España no fue un erial durante muchos años es porque muchas personas sinceramente renovadoras, desde el campo vencedor, se ofrecieron pronto a la tarea de la recuperación cultural. Pero junto a éstas, los exiliados interiores contribuyeron a que no se perdiese la memoria cultural en muchos campos menos politizados y más tolerados. La voz debida a esa España de la nostalgia o del silencio es aún una voz silenciada y sólo magnificada en algunos casos más célebres.

Propuestas para este aniversario

1. Quienes consideren que este tema está ya estética o intelectualmente agotado, que eviten

contribuir al auge de celebraciones, homenajes y consumo de exposiciones.

2. Quienes tienen responsabilidades educativas (administración central y autonómica, editores, autores, profesores de Enseñanza Media y Universitaria) que revisen los libros y materiales curriculares para evitar una visión sesgada y para presentar una versión crítica y plural de aquel hecho.

3. Quienes todavía se sienten herederos de los vencedores o de los vencidos, podrían hacer un esfuerzo por el mestizaje cultural y superar las divisiones, pero también los silencios cómplices, contribuyendo así a liberar la memoria.

4. Quienes tienen alguna responsabilidad en la reconstrucción del diálogo y de la memoria, en especial los intelectuales, los medios de comunicación, los responsables de las confesiones religiosas, en especial de la Iglesia católica, y otros, que hagan un esfuerzo por desarrollar una cultura de la memoria que permita asentar un debate público sobre bases sólidas y compartidas por la mayoría de nuestra sociedad.